

Capítulo I

El golpe contrarrevolucionario del 4 de noviembre de 1964

1

El enemigo: los sindicatos

Recapitulemos el camino recorrido por los sindicatos en busca de su legalización: Las primeras organizaciones obreras eran marcadamente mutualistas, incluso durante los primeros decenios del siglo XX, y dentro de estas limitaciones estaban amparadas por la ley y por los diferentes gobiernos. Cuando aparecieron los sindicatos propiamente estaban amparadas por la ley y por los diferentes gobiernos. Cuando aparecieron los sindicatos propiamente dichos fueron perseguidos por las autoridades y no pudieron ampararse en ninguna disposición legal. En cierta medida el sindicalismo comenzó a incorporarse clandestinamente o bien utilizando el mutualismo para encubrir su verdadero rostro. Los estatutos sindicales declaraban perseguir fines de ayuda mutua y beneficencia. No olvidemos que el movimiento huelguístico de los mineros de Uncía (1923) fue desencadenado para lograr el respeto a las organizaciones obreras por parte de la patronal y de las autoridades.

Antes de 1930 los sindicatos y federaciones ganaron el derecho a existir y moverse libremente, después de una cruenta y larga lucha, primero en el plano de los hechos, sólo más tarde fue consagrado por la Constitución Política y por las leyes secundarias. Las autoridades discutían y negociaban con los sindicatos y federaciones, a pesar de que ninguna ley autorizaba hacerlo y sólo porque así lo imponían las necesidades emergentes de la misma explotación de la clase obrera.

Las enmiendas constitucionales de 1931-32 incorporaron a la Constitución el capítulo titulado Régimen Económico y Social. El decreto de 22 de noviembre de 1933 dispuso que "Las corporaciones de funcionarios públicos y de obreros y aquellas que tengan fines gremiales, sólo podrán ser reconocidas oficialmente en lo relativo a fines de mutualidad y beneficencia". Siguiendo ajustadamente el espíritu que inspiró esta disposición se tiene que concluir, como lo hace Oscar Frerking **(1)**, que negaba la existencia de la organización sindical. Sin embargo, en la práctica impulsó el nacimiento de sindicatos, porque a éstos les fue sumamente fácil proclamar que sus fines no eran otros que los mutualistas.

En el camino de la legalización de los sindicatos constituye un hito de remarcable importancia el decreto de 19 de agosto de 1936, dictado por el Gobierno Toro y que establece la sindicalización obligatoria, "bajo la tuición y control permanente del Gobierno socialista". Se declaró que las organizaciones obreras estaban vinculadas al mecanismo estatal. No era difícil descubrir que el mencionado decreto era de corte fascista. Bajo esta legislación nace la CSTB como central

nacional y afiliada a la CTRL. El artículo 125 de la Constitución de 1938, que ostenta características obreristas y de izquierda inconfundibles, proclama la libre asociación profesional y sindical.

La Ley General del Trabajo (24 de mayo de 1939) se ajusta a la disposición constitucional y regla la organización y vida de los sindicatos, dentro del marco de una amplia libertad que se ajusta a los convenios de la OIT sobre la materia.

El Gobierno Villarreal estatuyó el llamado fuero sindical, que importa una franca protección a las organizaciones obreras. El decreto correspondiente, establece que "Los obreros o empleados elegidos para desempeñar los cargos directivos de un sindicato no podrán ser destituidos sin proceso. Tampoco podrán ser transferidos de un empleo a otro, ni aún de una sección a otra dentro de una misma empresa sin su libre consentimiento". Este decreto fue dictado para evitar las represalias que la patronal y las mismas autoridades pudiesen ejercitar contra los dirigentes obreros.

Los gobiernos de la rosca o aquel los que representaban las tendencias restauradoras oligárquicas siempre se empeñaron en limitar la libertad sindical y en cercenar las atribuciones que las leyes confieren a las organizaciones laborales. Dos aspectos nunca han dejado de preocupar a las autoridades: la extrema politización de los sindicatos y la libertad ideológica de los dirigentes. Bajo el pretexto de combatir al comunismo, el gobierno Urriolagoitia dictó medidas encaminadas a erradicar a los marxistas de la dirección sindical. El gobierno del General Ballivián siguió el mismo camino. La Junta Militar que sucedió al régimen movimientista dictó el decreto N° 7204 de mayo de 1965 y que da tales atribuciones al Ministerio del Trabajo que prácticamente liquida no sólo la libertad sindical sino la misma existencia física de las organizaciones obreras. Los dirigentes no debían, imprescindiblemente, militar en determinados partidos y la voluntad de las bases fue sustituida por las determinaciones burocráticas del ministerio del ramo. Los trabajadores respondieron a estas medidas atentatorias organizando sindicatos clandestinos. Después del golpe reaccionario de noviembre de 1964 se dictaron draconianas medidas de reglamentación de los sindicatos.

2

La lucha popular contra el gobierno Paz

Desde la fecha en que fue dictada la estabilización monetaria (1956), toda demanda laboral, por modesta que fuese, amenazaba convertirse en un conflicto político. Esta tendencia se acentuó mucho más durante la presidencia de Víctor Paz. Los brotes de agitación social motivaban la inestabilidad gubernamental. Sin capacidad alguna para contener por sí mismo esta avalancha, el régimen movimientista pasó a depender completamente, y de una manera natural, de las fuerzas armadas, al extremo de que éstas tenían en sus manos la posibilidad de barrer de los pasillos del Palacio Quemado y cuando creyesen conveniente, a las gastadas figuras del civilismo emeenerista.

Las tendencias fundamentales de la evolución política llevaron al país, de manera inevitable, hacia el régimen militar policíaco.

La arremetida popular fue iniciada por los mineros y otros sectores proletarios, que fueron los primeros en emanciparse de la influencia movimientista. La lucha antigubernamental de la clase obrera partía de una orgánica evolución ideológica, que le permitió superar las posiciones claudicantes del MNR en su conjunto.

Abierto el camino de la rebelión por el sector más revolucionario, el país no tardó en estremecerse ante el impetuoso empuje de los sectores avanzados de la clase media, que toda vez que se desplazan hacia la izquierda adoptan posiciones por demás estridentes. Hubo falta de uniformidad en el ritmo de movimiento del frente revolucionario. Por momentos fueron los estudiantes y los maestros los que liderizaron al pueblo anti-movimientista. Con todo, la agitación no llegó a su clímax porque fue frustrada por la intervención militar. En 1964 se produjo el golpe contrarrevolucionario y preventivo.

Antes y después de noviembre de 1964 la masa campesina se movió a la retaguardia de las huestes antimovimientistas de las ciudades, de las fábricas y de las minas, recién comenzaba a convencerse, partiendo de su dolorosa experiencia diaria que el gobierno del MNR, lejos de satisfacer sus impostergables exigencias, traicionaba hasta los limitados objetivos de la reforma agraria. Su falta de politización, su tremenda dispersión a lo largo y a lo ancho del territorio nacional y hasta su incultura, contribuyeron a que este proceso fuese sumamente lento. Los campesinos fueron el último contingente social en el que pudo apoyarse el MNR; consentían en ser movilizados toda vez que hacía falta inflar las manifestaciones "espontáneas" de apoyo al régimen, se conformaban con ser utilizados como fuerza de contrapeso de la intolerancia de los obreros y de amplios sectores de la clase media, en fin, el oficialismo los manejó como simple rebaño electoralista. Después de 1964, en algunas regiones del agro retoñó la adhesión al MNR.

Mientras los políticos profesionales se agotaban en largas discusiones con Víctor Paz o conspirando con los generales que diariamente frecuentaban el Palacio de Gobierno, las masas batallaban tercamente utilizando la acción directa e inclusive la lucha armada. Los líderes de la "izquierda" seguían un camino diferente, y hasta opuesto al escogido por los trabajadores.

Correspondió a los trotskystas dejar sentado por escrito cuales eran los verdaderos objetivos de esta lucha, lo que sigue: aun ahora es preciso recalcar que el objetivo no era otro que vencer a Víctor Paz y a su ejército; este último había tomado en sus manos la tarea de destruir a los insurgentes. No pensaban de esta manera los políticos profesionales" **(2)**.

Los partidos políticos, tanto los de derecha como los que pasan por izquierdistas, tenían como punto de partida la certeza de que el pueblo y sus organizaciones carecían de la suficiente fuerza para sobreponerse al monstruoso aparato represivo que había puesto en pie el MNR (se les antojaba que era su único y efectivo apoyo); sostenían que únicamente el ejército podía cumplir esta tarea. El que los jefes castrenses se hubiesen convertido en amos de la situación no quiere decir que sus ambiciones se identificasen con las aspiraciones populares.

Se trataba de dos tendencias opuestas y que seguían direcciones totalmente diferentes. Los militares poristas fueron los únicos que dijeron en forma pública y documentada que "sumarse a la actividad conspirativa del militarismo significaba nada menos que traicionar al pueblo y a la revolución".

Los opositores golpearon las puertas de los cuarteles con la esperanza de que los generales se prestarían a hacer una revolución para ellos. Posteriormente se esforzaron por demostrar que ellos tenían pactos con los jefes castrenses victoriosos, que les ayudaron a derrocar a Víctor Paz y que más tarde y deslealmente fueron marginados de la política y hasta perseguidos. Lo evidente es que los caudillos militares en ningún momento, ni siquiera cuando hacían promesas a los políticos civiles o firmaban compromisos con ellos (en caso de haber existido éstos), pensaron trabajar en beneficio de terceros y esto porque poseían la suficiente fuerza para jugar su propia carta.

"Un virtual frente formado por todos los partidos, con la única excepción de los marxistas, apuntaló y alentó al militarismo en sus trajines golpistas. Un programa simple unía a estas tendencias: los generales cumplirían la limitadísima y peligrosa agenda de eliminar a Víctor Paz para luego entregar el poder a los políticos civiles. Su ingenuidad se apoyaba en el apotegma de que los soldados deben quedarse "patrióticamente" en sus cuarteles, cierto que después de ejecutar el golpe de Estado encargado por sus asesores.

Los que desbrozaron el camino para que los generales pudiesen llegar hasta el Palacio de Gobierno no hicieron otra cosa que trabajar en favor de la victoria de la anti-patria, ¡qué caro están pagando su ceguera y su credulidad! **(3)**.

Tan curioso frente político, aunque en él estuvieron incluidos prinistas y stalinistas, tuvo un marcado e inconfundible carácter contrarrevolucionario, esto porque se empeñó en eliminar toda delimitación entre derecha y izquierda, en borrar las abismales diferencias que separan a la revolución de la rosca, a los obreros de los patrones. Objetivamente estuvo destinado a empujar a los explotados a sumarse al coro que recitaba una monótona homilía en honor del generalato. Esta tendencia dio nacimiento más tarde, al Comité Revolucionario del Pueblo, uno de los principales puntales políticos de la Junta Militar bicéfala (Barrrientos-Ovando), que buscaba convertirla en un régimen popular colocado a la cabeza de las masas domesticadas. Únicamente el POR denunció a dicho Comité como "una cueva reaccionaria" a tiempo de negarse a participar en sus reuniones. Salvando las diferencias, el Comité Revolucionario del Pueblo cumplió precariamente las mismas finalidades que los famosos Comités Tripartitos creados por el stalinismo pirista al servicio de la rosca y la masonería en 1964; esta vez los amos eran los generales contrarrevolucionarios.

El Comité Revolucionario del Pueblo se autocalificó "parlamento popular" y, para que la farsa fuese completa, realizaba sus reuniones en el Palacio Legislativo y sostenía contacto cotidiano con los generales victoriosos. Tuvo corta vida debido a su inoperancia y por decisión de los dueños del poder, pues resultó un organismo indeseable no bien intentó hacer valer "su fuerza" ante la Junta Militar. El 14 de mayo de 1965, simplemente no hubo quorum en la reunión convocada en la sede de la Federación Universitaria Local. Mientras tanto había sido desconocido por la Junta y expulsado del local del congreso; la prensa se limitó a publicar una pequeña nota de defunción: "Algunos políticos admitieron

que no existe razón para que el mencionado Comité continúe funcionando, por lo menos con ese nombre, una vez que la Junta Militar de Gobierno no lo reconoce legalmente como "parlamento del pueblo", pues su labor debía ser de colaboración con el gobierno militar y, por el contrario, ha sido desconocido y desalojado del edificio del Palacio Legislativo donde funcionaba hasta hace unos días.

"Dijeron los políticos que será conveniente, sin embargo, activar la organización de la Comisión Pro-defensa de la Constitución y la Democracia", procurando que tomen parte de ella todas las organizaciones políticas" **(4)**.

La agitación estudiantil dominó el ambiente político a partir del veinte de octubre de 1964, tanto en La Paz como en el interior del país. El gobierno utilizó a carabineros y a fuerzas del ejército para aplastar a los rebeldes, como parte de la represión desatada contra el movimiento obrero y la izquierda en general. La movilización universitaria, que se realizó de modo paralelo a la actividad sindical y el permanente contacto con ella, concluyó siendo capitalizada por los generales golpistas. Los estudiantes, materialmente arrinconados por las fuerzas del orden y seguros de su derrota, confiaron sinceramente en que el sable se había convertido en el símbolo de la libertad. Los estudiantes demostraron, una vez más, su incapacidad para desarrollar consecuentemente una política independiente de clase; se desplazaron desde la trinchera proletaria hasta la burguesa.

Consideramos ilustrativo el diario de esas jornadas escrito en Cochabamba por el entonces estudiante cochabambino R. M. **(5)** y cuyas partes principales pasamos a glosar:

"Día martes, 20 de octubre, después de una asamblea realizada en Finanzas (Universidad de Cochabamba), a horas 17:30 salimos en manifestación en protesta por el apresamiento de Willy Camacho el sábado 17. Desembocamos en la plaza principal, donde hablaron Jorge Ríos Dalenz (Frente Universitario Católico), Carlos Zegarra y Jorge Lara. Estamos en estado de sitio y nos dispersan con gases lacrimógenos. Resistimos en algunas bocacalles, pero finalmente, por quedar pocos, nos retiramos".

El 21, cumpliendo una resolución de la asamblea universitaria del día anterior, se levantaron barricadas y se procedió a bloquear las calles adyacentes a la Universidad.

"Estoy en la esquina Oquendo y Bolívar y hablamos con el Prefecto accidental, teniente coronel Agustín Morales Dúran. Nos ordena destruir las barricadas, le contestamos que lo haremos cuando liberten a Camacho Flores, que se encuentra en las celdas del Control Político de La Paz".

A esta altura se incorporan a la lucha los estudiantes de secundaria. "Alrededor de las diez de la mañana sufrimos el primer ataque de la policía que utiliza gases. Respondemos con piedras, ladrillos, etc. Con habilidad extraordinaria un estudiante arroja una bomba molotov, que casi cae sobre un carabinero en la esquina Oquendo y Perú.

"Cerca del medio día el combate se agudiza. Los estudiantes rebasan a la policía, por lo que intervienen las milicias del gobierno, que utilizando fusiles y ametralladoras nos obligan a replegarnos. Estos hechos exasperan a los estudiantes aún más y con singular heroísmo responden a las balas con piedras. En todos los sectores comienzan a caer heridos, en la Plaza Sucre defendemos una de nuestras barricadas".

Según R. M., al promediar la tarde de ese día habían en las calles y en los lugares de refriega pocos universitarios, casi todos eran estudiantes de colegios secundarios.

Durante la tarde y por vía aérea llegaron, desde La Paz, refuerzos policiales. "Cae la noche y nos rodean gran cantidad de carabineros. Experimentamos cierto nerviosismo y temor. Radio Rebelde (un sistema de amplificación), que ha funcionado todo el día, guarda silencio. Capturamos como rehenes a un carabiniere y dos agentes civiles, y los guardamos en la Facultad de Derecho". El Ministro de Gobierno se trasladó hasta Cochabamba para charlar con los dirigentes universitarios, con la esperanza de poner fin a la tormenta. Prometió la libertad de Camacho y se acordó el canje de los tres rehenes con igual número de estudiantes que se encontraban detenidos en la Policía". A las 23 horas se realiza una asamblea en el patio de la Universidad y se aceptan estos planteamientos".

Resultado de estas acciones: un muerto (René Ferrufino) y diez heridos. Hay muchos policías contusos.

"Día 22.- Desde muy temprano se concentran los estudiantes en la Universidad, dispuestos a combatir. El Prefecto coronel Luis Reque Terán reasume sus funciones y prohíbe la salida de la policía. Funciona Radio Rebelde y los muchachos juegan en los jardines". Se trata del mismo Reque Terán que, más tarde, asumirá la dirección de la lucha antiguerrillera en Camiri y, posteriormente lo encontraremos nuevamente como Prefecto de Cochabamba, con la misión de aplastar enérgicamente a la oposición obrero-estudiantil.

El 26 (lunes) se realiza en Oruro una belicosa manifestación estudiantil y cuyo saldo son dos muertos y muchos heridos. Los manifestantes expresan su repudio a la conducta observada por las autoridades en Cochabamba.

Nuevos choques en Oruro (día 28). El entierro de las víctimas del lunes es dispersado a bala. Resisten los estudiantes junto a mineros y fabriles. Se registran nuevos muertos y heridos.

También en Sucre (día 28) los estudiantes luchan con la policía casi durante toda la jornada y caen muchos heridos.

Los jóvenes levantan barricadas, aunque no hay choques con las tropas gubernamentales.

En La Paz el Control Político ataca alevosamente a los estudiantes y éstos destrozan e incendian el Centro de Salud ubicado en la Plaza del Estudiante. Después de los encuentros entre fuerzas oficialistas y la avanzada de los

estudiantes y obreros, éstos últimos se refugian en el edificio de la UMSA, que fue asaltada y se capturaron 1.300 presos.

El 29 se produce en Sora Sora el combate entre fracciones del Rangers y los mineros de Siglo XX que marchaban hacia Oruro con la manifiesta intención de asistir al entierro del dirigente estudiantil Darío Caballero. Esa misma mañana el ejército ocupa el campamento de San José y acalla la emisora de los trabajadores. Las radios mineras se convirtieron en instrumentos de propaganda subversiva y buscaban orientar a todo el pueblo en su lucha contra el gobierno de Paz Estenssoro.

"En Cochabamba los estudiantes atacan y destruyen "Prensa Libre" y la casa del jefe del Comité Político. Saldo de la operación: un muerto y tres heridos".

El tres de noviembre fue un día crucial y, según el diario que glosamos, el estado de ánimo de los estudiantes era el siguiente:

"Han pasado cuatro días y nos domina la idea de haber sido derrotados". Oruro ha sido declarada zona militar y los mineros se replegaron a sus distritos; en La Paz fueron apresados los dirigentes más combativos (tanto obreros como estudiantes); Cochabamba estaba cohibida por el cerco de los campesinos y porque flotaba en el aire la amenaza de reprimir a bala cualquier manifestación.

"Cuando las actividades parecía que iban a reiniciarse y los ciudadanos se dirigían a sus trabajos, soldados del CITE (Centro de Instrucción de Tropas Especiales) entraron en la Plaza 14 de Septiembre, rodearon la zona y en pocos minutos eran dueños de la Prefectura. Bastó una corta charla para que la policía se volcara en favor de los insurgentes y antes de las 8 y 30 estaba dominada la situación".

"Los muchachos asaltaron el ferrocarril Cochabamba-Santa Cruz en busca de armas y se encontraron algunos fusiles. Se incendió la casa del teniente de tránsito René Jofré, fue destrozado el domicilio de Germán Lema Aráoz, etc."

La agitación estudiantil y popular en la ciudad de La Paz llegó a su punto culminante el 29 de octubre, criterio impartido por el gobierno según se desprende de un documento suscrito por Jaime Calderón, Ministro Secretario General de la Presidencia en esa época **(6)**.

Los opositores y los dirigentes estudiantiles convocaron para esa fecha la llamada "marcha de la libertad", que debía partir de la Universidad, convertida en ciudadela de los adversarios del régimen. "Frente a esta delicada situación, el MNR decidió contrarrestarla convocando simultáneamente a una manifestación pública de su militancia, obreros y campesinos".

Otero informa que el Presidente Paz Estenssoro, buscando evitar "sangrientas e imprevisibles consecuencias... decidió que, por conducto de su hombre de mayor confianza el Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, Gral. Alfredo Ovando, se conviniera que los opositores efectuaran sus actuaciones dentro del recinto de la Universidad, mientras él conseguiría que sus seguidores desistieran de la manifestación concentrándose en la Plaza Murillo".

La noche del 29 llovía torrencialmente y llegó a conocimiento del gabinete que se encontraba reunido, la noticia de que grupos desprendidos de la universidad estaban saqueando e incendiando el Ministerio de Salud Pública (plaza Franz Tamayo), atacando la Biblioteca Municipal y el local del diario La Nación. Los ministros estaban de acuerdo que la situación se había tornado abiertamente subversiva y que tenía como centro a la UMSA, por esto encomendaron a los generales Luis Rodríguez Bidegaín, Eduardo Rivas Ugalde y al coronel Guillermo Ariñez controlasen a los revoltosos de la universidad. Las operaciones se realizaron con la venia de Ovando. Según la versión de los movimientistas todo se limitó al "fuego de hostigamiento en torno al edificio de la universidad, mediante nutridos disparos al aire, para lograr la rendición de los amotinados, evitando el derramamiento de sangre". Para los generales revoltosos y sus parciales se trató de una criminal provocación: "el movimientismo, en sus últimas etapas, había no solo profanado universidades, sino atentado contra la vida misma de universitarios, estudiantes y obreros. La Universidad Mayor de San Andrés, fue uno de los blancos principales de la vesania, cuando fuerzas de represión y "milicianos" la abatieron la noche del 29 de octubre, colmando la paciencia del pueblo boliviano" **(7)**.

En el Monoblock, se habían refugiado más de mil quinientas personas, que por trámites del falangista Guillo Straus y de Monseñor Andrés Kennedy, este último enviado por Paz Estenssoro, se entregaron presos. El oficialismo hacía esfuerzos desesperados por contener y obligara retroceder a las masas.

El 2 de noviembre, Oruro fue escenario de graves acontecimientos. Los opositores asaltaron y saquearon la radioemisora El Cóndor, la casa del jefe regional rnovimientista (Mazuelos) y la del jefe de Policía, coronel Lema. En respuesta a esta situación considerada grave, "el general Ovando ordenó reforzar Oruro con los regimientos Ranger y Motorizado". El Presidente Paz dispuso que el ejército resguardara el orden en esa ciudad. "Cerca de las dos de la mañana (día 3) se comunicó que la mina San José había sido ocupada y restablecido el orden en Oruro" La Paz daba la apariencia de estar preocupado en disuadir pacíficamente a los sectores mayoritarios aunque, en realidad, preparaba cuidadosamente la represión y así convertía a los generales en dueños de la situación política.

La comprobada deslealtad del general Ovando ha sido uno de los factores que ha contribuido a la rápida caída de Víctor Paz, pues mientras éste lo consideraba su sostén principal, abusando de su condición de Comandante en Jefe se dedicó activamente a montar el aparato conspirativo.

Posteriormente, los militares dieron la siguiente versión sobre dichos acontecimientos: "El 3 de noviembre, las fuerzas armadas encabezadas por los generales René Barrientos Ortuño y Alfredo Ovando Candia se levantaron en forma masiva en la guarnición de Cochabamba y veinticuatro horas más tarde, en las decisivas acciones del día 4, sellaron la suerte del tirano en La Paz... Previamente (1º. de noviembre), se anunció el levantamiento de los regimientos Ingavi y Politécnico, que adoptaron una posición institucionalista, al negarse a enfrentar al pueblo en una lucha fratricida... Toda intención de ofrecer resistencia quedó descartada cuando la guarnición de Oruro, dando una prueba de unidad total de las fuerzas armadas, se sumó a la rebelión" **(8)**.

La Junta Militar quedó constituida en la siguiente forma: Presidente, general René Barrientos Ortuño; Ministro de Gobierno, Tcnl. Oscar Quiroga Terán; Ministro de Hacienda, Tcnl. Carlos Alcoveza Melgarejo; Ministro de Defensa, Gral. Hugo Suárez Guzmán; Ministro de Educación, Cnl. Hugo Bánzer Suárez; Ministro de Trabajo, My. Samuel Gallardo Lozada; Ministro de Minas, Cnl. Eduardo Méndez Pereira; Ministro de Agricultura, Tcnl. Rogelio Miranda Ayala; Presidente de Comibol, Cnl. Juan Lechín Suárez; Ministro de Salud Pública, Cnl. Dr. Carlos Ardites L; Ministro de Planificación, Cnl. David La Fuente Soto, y Ministro Secretario General de la Junta de Gobierno, Dr. Marcelo Galindo de Ugarte.

La rivalidad, unas veces sorda y otras escandalosa, entre los generales Barrientos y Ovando se hizo perceptible para el pueblo desde el mismo 4 de noviembre y se prolongará hasta la muerte del primero. Barrientos se vio obligado a renunciar a los servicios de los grupos falangistas para desplazar, en el primer momento y temporalmente, a su adversario del timón del aparato estatal. Muy pronto tuvo que ceder ante las maniobras de Ovando y permitirle cogobernar. La Junta Militar declaró que su primer objetivo era "el restablecimiento de las más amplias libertades públicas y el imperio irrestricto de los derechos humanos consagrados por la Declaración de las Naciones Unidas"**(9)**. Siguen las protestas de que la "Revolución Libertadora" -así comenzó siendo bautizada la conjura por el propio general Barrientos-, logró imponer la paz y permitir "el reencuentro de la familia boliviana en el marco de un clima de concordia y convivencia pacífica". El equipo ministerial castrense creyó oportuno recalcar que era su firme propósito "atraer y garantizar las inversiones extranjeras hacia el emporio de riquezas inexploradas que posee la nación", y dejó sentado que era fervoroso partidario de la política del Buen Vecino y de los postulados de la Alianza para el Progreso. Finalmente, dijo que eran "irreversibles la Nacionalización de las Minas y la Reforma Agraria, Tributaria y Educativa". Los sectores de la clase media que apoyaron la revuelta de los generales se complacían en subrayar que dicho movimiento buscaba ser una rectificación democrática a los excesos cometidos por la "dictadura pazestenssorista".

Parece que los generales abrigaban la esperanza de que su sola presencia en el Palacio Quemado les permitiría ganar la confianza de los trabajadores y que éstos entusiastamente coadyuvarían en el cumplimiento de todos los planes ideados por la Junta Militar. Seguros de contar con la cooperación de los partidos políticos, se encaminaron a persuadir a los sindicalizados para que depusiesen toda actitud de intransigencia, abandonasen sus pedidos de mejoras económicas y más bien, respaldasen a los nuevos gobernantes y prestasen su apoyo a los planes de reordenamiento de la Comibol.

Estos antecedentes definieron la conducta del gobierno durante unos seis meses. Los trabajadores, particularmente los mineros (ciertamente que no sus más altos dirigentes), pasaron a la oposición desde el mismo 4 de noviembre. Sólo después de que la Junta Militar agotó tales métodos, que bien pueden llamarse pacíficos, pasó abiertamente a la represión sangrienta de los movimientos obrero y de izquierda.

El General Barrientos se apresuró en viajar a las minas y estuvo en Huanuni, Catavi, y Siglo XX. La manifiesta hostilidad de los obreros apenas si pudo ser disimulada por los recibimientos preparados cuidadosamente por las gerencias y

por las autoridades, contando con la complicidad de algunos malos elementos obreros.

En Siglo XX le dio la bienvenida nada menos que el militante del Partido Comunista (PCB) Daniel Ordoñez, transcribimos algunos párrafos de su discurso:

"El depuesto Gobierno de Paz Estenssoro nunca pudo resolver nuestro principales problemas. Necesitamos diversificación para la industria minera en Bolivia; necesitamos hornos de fundición; y ante todo que no haya más miseria en nuestro país... "nosotros, general, le presentamos nuestros respetos y usted está en la casa de los mineros, en donde siempre se ha señalado que hay extremismo y que hay prepotencia. Usted habrá podido notar si efectivamente hay eso o no lo hay, porque los mineros sabemos tratar a las personas tal como son..."

Daniel Ordoñez, además de pecista, estaba estrechamente emparentado con el Mayor Plaza, que ha pasado a la historia como un monstruoso carnicero. En 1979, el mayor Elías, a la sazón Prefecto de Oruro, informó que las autoridades tenían en Ordoñez a su mejor aliado.

Nada permite sostener que los generales victoriosos confiaban directamente en el pueblo, su confianza -ya hemos indicado- se concentraba en los políticos profesionales. Contrariamente, se apresuraron en adoptar medidas encaminadas a reducirlo a la impotencia y a acallararlo y una de ellas fue, precisamente la llamada "Operación Desarme", que buscaba -como se dijo oficialmente- el retiro de las armas en poder del pueblo y su consiguiente devolución a las Fuerzas Armadas. "A la par del desarme espiritual, se impone también ahora el desarme material, para que solamente así se haga posible la convivencia pacífica y el entendimiento civilizado", tal era el tono de la propaganda oficialista. Una sistemática y persistente campaña publicitaria rodeó la recolección de fusiles y ametralladoras, la mayor parte de ellos en desuso. Es sugerente que en las minas no hubiese funcionado la operación; la resistencia de los trabajadores no pudo ser vencida con halagos y métodos pacíficos.

Nadie puede dudar que los generales golpistas confiaban totalmente en el trabajo de los partidos políticos, muchos de ellos ubicados en la izquierda, para poder contener a las masas y para alinearlas detrás de la Junta Militar. Por esto inclusive contribuyeron al renacimiento de entidades ya muertas como el PIR, por ejemplo, y alentaron la estructuración partidista de sus incondicionales. El PIR no pudo sobrevivir a la convulsión social de 1952, pero más tarde volvió al escenario político gracias al apoyo que le prestó el gorilismo.

3

El golpe de estado y las masas

Si consideramos social y políticamente la dirección (el ejército) que acaudilló el golpe de Estado del 4 de noviembre de 1964, sus objetivos y realizaciones y, básicamente, si no olvidamos que fue planeado por el imperialismo y ejecutado bajo su control, se tiene que concluir que se trató de un típico golpe contrarrevolucionario.

Es falsa y arbitraria la tesis de que dicho golpe de Estado constituyó el punto culminante de la movilización revolucionaria de las masas contra el desgobierno movimientista, como sostuvieron los izquierdistas entregados a los generales. La verdad es que la conspiración de los generales fue ignorada por las masas y se desarrolló independientemente de ellas.

Según las organizaciones imperialistas, el evidente deterioro de la economía boliviana sólo podía ser superado rechazando toda petición laboral de mejores condiciones de vida y de trabajo y, este era el planteamiento central, disminuyendo las remuneraciones y el volumen de los beneficios sociales, además de hacer trabajar a los obreros en un ritmo más acelerado. Este programa no pudo ser llevado a la práctica por el gobierno de Paz y ni siquiera pudo formularlo adecuadamente. En los países altamente industrializados la aceleración del ritmo de trabajo y la disminución de los costos generalmente se afrontan utilizando las innovaciones tecnológicas. En la atrasada Bolivia esa tarea se asignó, una y otra vez, a la espada de los generales.

Las medidas antipopulares y entreguistas del régimen castrense encontraron viva resistencia en las minas y ayudaron a las masas a movilizarse amenazadoramente; las autoridades, pese a sus deseos, no pudieron en los primeros momentos reprimir abiertamente a los obreros. Para el Pentágono la supervivencia por más tiempo de un gobierno civil movimientista importaba el peligroso crecimiento de la amenaza comunista, vale decir, que las masas populares pudiesen concluir tomando el poder después de aplastar al MNR. Era llegado el momento en que sólo las metrallas podían defender los intereses y privilegios del imperialismo.

El golpe de Estado del 4 de noviembre fue básicamente preventivo. Se señaló esa fecha para la consumación de la maniobra contrarrevolucionaria debido a que la avalancha masiva estaba a punto de explotar y porque se había cumplido el plan de arrinconarla momentáneamente, a fin de evitar el peligro de que por su irrupción, el golpe palaciego se transformase en una verdadera revolución popular. Más que contra Paz Estenssoro y sus amigos, el golpe de fuerza estuvo dirigido contra las masas subvertidas, contra las fuerzas motrices de la revolución.

El civilismo movimientista, que no tuvo la suficiente capacidad para desarrollar ampliamente la democracia burguesa, limitó con frecuencia sus medidas reaccionarias y antipopulares debido a su apego formal a ciertos principios democráticos y porque no se atrevió a sustituir el control burocrático y el soborno de los dirigentes sindicales por la represión sangrienta, como norma única en las relaciones obrero-gubernamentales. Es cierto que el civilismo movimientista apresó, encarceló, confinó y masacró a obreros y opositores de izquierda, pero utilizó estos extremos como recursos de emergencia y excepcionales. No podemos decir que bajo los gobiernos civiles emeenerristas la bala fue la única respuesta a las reclamaciones obreras. La represión brutal y sangrienta fue utilizada para obligare los sindicatos a retroceder, a hacer concesiones, pues inmediatamente venían las charlas y la firma de una paz temporal. Después de un tiempo se estaba frente a otra arremetida obrera y nuevamente se repetía la historia de la mano dura y las subsiguientes componendas. El Pentágono llegó a la conclusión de que ya no servía este método para imponer el orden en el país y menos para aplastar definitivamente

al peligroso movimiento obrero. Después de cada tregua los sindicatos atacaban con mayor violencia, los revolucionarios se habían fijado como meta el asalto a la ciudadela gubernamental movimientista.

No se trataba de modificar o de introducir enmiendas en la ideología del MNR (lo esencial de esa ideología consiste en detener el proceso de transformación en los estrechos límites capitalistas y en pretender armonizar el desarrollo integral del país con los planes e intereses imperialistas), sino es sustituir los métodos de gobierno pseudo democráticos por otros puramente castrenses. La tradición del MNR como partido popular y "revolucionario" actuó como lastre del gobierno Paz en esos momentos cruciales. El último presidente movimientista civil no podía arrojar por la borda toda esa tradición porque formaba parte de su capital político.

Actuando dentro de la línea fundamental del MNR era preciso para los yanquis encontrar un gobierno de mano más dura que la de Paz, capaz de reemplazar las maniobras dilatorias por los golpes directos sobre la misma columna vertebral de las organizaciones obreras. En esos términos se puede presentar el pensamiento que dominaba el Pentágono en vísperas del 4 de noviembre de 1964.

Es de dominio público que existe contradicción y fricciones entre la orientación de la política internacional que siguen el Departamento de Estado y el Pentágono, particularmente en Latinoamérica. Mientras el primero apuntala a ciertos gobiernos civiles y "democráticos", el Pentágono propugna la instalación de dictaduras militares directamente subordinadas al imperialismo. Los hechos demuestran que en el Continente el Pentágono ha logrado arrinconar la política del Departamento de Estado.

Surge la pregunta, Por qué las organizaciones norteamericanas no designaron a un partido civil "popular", por ejemplo FSB, para sustituir al gobierno de Víctor Paz?. Se puede responder que se debió a que el golpe fue planeado por el Pentágono y que éste organizó a las Fuerzas Armadas desde mucho tiempo atrás con esta finalidad. Por otro lado resultó imposible encontrar al héroe de turno en otro sector; pues, por las propias características imperantes en ese momento, todo el movimiento político que podía interesar a los yanquis concluyó siendo monopolizado por el ejército. Los políticos profesionales estaban prendidos de la casaca de los generales y no tenían posibilidad alguna de ofrecer una alternativa propia que pudiese interesar a los americanos. Los que esperaban que la casta militar se sacrificase filantrópicamente el 4 de noviembre parece que ignoraban esta realidad.

El General Barrientos definió acertadamente las raíces de la contra revolución oligárquica al llamarla la revolución dentro de la revolución". El gorilismo, particularmente en los primeros momentos, se esmeró en subrayar que su misión inmediata no era negar totalmente la obra del MNR, sino, más bien continuarla, eliminando lo que llamó la nefasta herencia de la camarilla pazestensorista. Tan cierto es esto que la Junta Militar en sus inicios estuvo animada de cooperar con Siles Zuazo y otros líderes desafectos al Dr. Paz, aunque todos ellos alineados en la organización, movimientista, si posteriormente cayeron en desgracia fue debido a que afloraron en ellos desmedidas ambiciones y se resistieron a servir sacrificada y jesucristianamente al gorilismo. Se podrían llenar muchas páginas con sus declaraciones acerca del

patriotismo y desinterés de los generales, a quienes atribuyeron la magna tarea de libertar al país de la dictadura pazestenssorida.

El divorcio ideológico y organizativo entre las masas, principalmente el proletariado, y el régimen y partido movimientistas; la radicalización de la clase y su rechazo a los planes gubernamentales; en fin, la amenaza de que el pueblo pudiese llevar la revolución más allá de los límites impuestos por el régimen movimientista, obligaron a los yanquis a poner en marcha el aparato militar.

Los críticos que pretenden justificar y defenderla política antipopular y entreguista (antinacional) del movimientismo, particularmente de los últimos gobiernos, se limitan a señalar que la oposición de izquierda, la actividad de las masas y su intransigencia fueron los factores que coadyuvaron para el estallido del golpe de Estado del 4 de noviembre. La conclusión a la que llegan es por demás simplista: la tarea de los revolucionarios no era otra que cerrar filas detrás del gobierno del MNR y evitar toda actitud intransigente que pudiese alarmar a la jerarquía castrense. Este planteamiento lleva implícita la tesis de que era deber de los marxistas limitarse a desarmar ideológicamente a las masas, a fin de obligarlas a someterse dócilmente a la ley y a no rebasar el marco puramente gremial. Se insinúa que en esta forma no habría habido motivo de alarma para los Estados Unidos y que éstos habrían dejado gobernar al MNR por tiempo indefinido.

Tal planteamiento importaba formular la estabilidad de los gobiernos movimientistas a cambio de que la clase obrera y la revolución misma renunciase a su porvenir y las masas, sobre todo el proletariado, dejase de luchar por sus reivindicaciones inmediatas e históricas. Había que sacrificar todo en aras de un gobierno que se tipificó como extraño al pueblo. Semejante táctica equivalía prácticamente al suicidio. El gorilismo, después de destruir físicamente a las organizaciones sindicales, pareció haber conseguido por lo menos momentáneamente, la materialización de los sueños movimientistas: todo un país soportando dócilmente las vergonzosas imposiciones norteamericanas.

Ciertos políticos que presumen de izquierdistas cometieron el crimen imperdonable de sumarse a la conspiración de los generales, bajo el pretexto de que estaban apoyando a un movimiento revolucionario y pro-obrerista. La ambición encegueció a estos personajes y les empujó a cometer un desatino incluso si se considera el problema desde el punto de vista personal, como han demostrado los acontecimientos posteriores. El equívoco, y a esta altura del desarrollo político ya no es posible tener dudas al respecto, consistió en presentar a la contra revolución como revolución; a la restauración oligárquica como rectificación izquierdista de las desviaciones cometidas por la camarilla pazestenssorida, al gorilismo como gobierno popular y obrerista; al entreguismo sin paralelo como la misma liberación nacional y, en fin, a la dictadura de corte fascista como la democracia químicamente pura. Esta felonía buscó desorientar y desarmar a las masas, para así estabilizar la dictadura militar y prolongar su existencia, ocasionando así un tremendo perjuicio al pueblo y a la revolución misma.

La diferencia entre la Junta Militar y el Gobierno de Víctor Paz radica en que la primera alcanzó de un solo golpe y brutalmente la meta a la que gradualmente y utilizando la maniobra y la demagogia, se dirigía el gobierno civil movimientista.

Ambos regímenes no representaban más que diversas facetas del mismo partido, de la misma ideología.

Augusto Céspedes, magnífico escritor que encubre en fulgurantes adjetivos sus arbitrarias conclusiones políticas, es el que con mayor amplitud ha desarrollado la especie de que los izquierdistas que combatieron al MNR (no importándole saber desde que posición lo hicieron) se identificaron con la rosca y el imperialismo.

El que antes del 4 de noviembre de 1964, tanto los revolucionarios como los instrumentos del Pentágono norteamericano, desde posiciones diametralmente opuestas, hubiesen llegado a la conclusión de que había que acabar con el desgobierno del MNR, no implica que entre ambas fuerzas hubiese entendimiento alguno o un frente político tácito o expreso. Es del todo arbitraria la tesis del Sr. Céspedes en sentido de que los ataques de la izquierda y de ciertas organizaciones imperialistas a los gobiernos de la llamada revolución nacional demuestran que esos extremos cooperaron entre ellos, empeñándose en borrar todas sus diferencias.

La derecha buscaba el cambio gubernamental a fin de acelerar la restauración oligárquica a través de los métodos castrenses. La clase obrera ganó las calles buscando sacar al proceso revolucionario de su empantanamiento, acabar con toda forma de entreguismo y estructurar el gobierno de los obreros y campesinos. Estos polos extremos de la política boliviana de los últimos años chocaron violentamente en Sora-Sora y esto en vísperas del 4 de noviembre. A ninguno de los contendientes se le ocurrió buscar un artificial entendimiento que implicase colaboracionismo clasista; en el campo de la teoría y de la acción desarrollaron una lucha a muerte.

Toda idea y todo gobierno puede siempre ser atacados y criticados desde la derecha y desde la izquierda, sin que esto importe que estas actitudes se identifiquen o confundan. Pueden citarse muchos ejemplos en apoyo de lo expresado, pero preferimos reproducir los proporcionados por Lenin **(10)**.

a) "Los materialistas han reprochado a Kant su idealismo, han refutado los rasgos idealistas de su sistema... los agnósticos y los idealistas le han reprochado a Kant la admisión de la cosa en sí, como una concesión al materialismo, al "realismo"..."

b) "Purishkevich (monárquico reaccionario extremado) exclama: he criticado a los kadetes (partido de la burguesía liberal monárquica rusa, fundado en 1905) con más consecuencia y resolución que vosotros, señores marxistas" Sin duda, señor Purishkevich los políticos consecuentes puede criticar a los kadetes y los criticarán siempre desde puntos de vista diametralmente opuestos; pero será preciso, sin embargo, no olvidar que vosotros habéis criticado a los kadetes porque son demasiado demócratas. Los machistas critican a Kant desde la derecha y nosotros desde la izquierda".

Recapitulando lo dicho: el imperialismo atacó al gobierno del Dr. Paz Estenssoro porque creía que concluiría abriendo las puertas a la revolución obrera; los trotskistas lo combatieron partiendo de la certidumbre de que se había convertido en el mayor obstáculo para el advenimiento de esa revolución. Esas

posiciones contrapuestas volvían a centrar la lucha alrededor de choque entre imperialismo y proletariado.

Si se hubiese alertado ampliamente al pueblo acerca del peligro del gorilismo; si el golpe del 4 de noviembre hubiese encontrado en las calles a un poderoso bloque popular dispuesto a evitar esa vergüenza, es claro que se habría evitado el ciclo militar o por lo menos abreviado su existencia.

El 4 de noviembre ha sido la piedra de toque para los marxistas bolivianos, pues les ha permitido prever los acontecimientos, sacar a primer plano la tendencia interna de un proceso nuevo y lanzar las consignas adecuadas para la acción de las masas. Ciertamente que muy pocos demostraron haber aprendido algo de los libros y de la práctica diaria. La mayoría se sumó simplemente a la contrarrevolución y ayudó con todas sus fuerzas al gorilismo a subir al poder. Otros, los más radicales, se limitaron a recitar los esquemas extraídos de los folletitos de propaganda, pretendiendo vanamente encajar la bullente realidad en su estrecho marco. El marxismo no es ciertamente un descomunal catálogo donde están incluidas todas las posibilidades sociales y políticas y sus consiguientes soluciones, es, más bien, un inapreciable método que permite conocer y comprender un determinado fenómeno.

4

La restauración oligárquica

Que el gorilismo significa la intervención norteamericana en la vida interna del País o las medidas gubernamentales destinadas a asegurar la ilimitada explotación de nuestras riquezas naturales no sería una gran novedad por sí sola, desde el momento en que el gobierno movimientista nos presentó su propia versión de estos hechos. Lo notable radica en que la rosca estuvo segura de que llegó el momento para que cobrase su venganza y en esto no estuvo del todo equivocada.

El golpe de estado del 4 de noviembre inauguró en el país el período de la franca restauración oligárquica debiendo entenderse no únicamente como la acentuación de la defensa de los intereses materiales de la rosca sino, principalmente como su intervención en la política y en la actividad gubernamentales. La confirmación de esta realidad la encontramos en el monopolio que fue progresivamente ejercitado en la vida cultural y social y hasta en la elaboración de la ideología oficial. A partir de entonces no solamente se acentuó la política pro-rosquera y de impulso de la economía privada, sino que la rosca físicamente se instaló en el palacio de Gobierno todo como en los mejores tiempos del liberalismo. Los cargos claves fueron ocupados no sólo por hombres de derecha sino por connotados representantes de la oligarquía.

Los niños bien y los mimados de la alta sociedad volvieron a llenar el escalafón del Ministerio de Relaciones Exteriores. La economía fue colocada en manos del gerente de una gran empresa industrial y el portavoz del pensamiento y voluntad de la rosca.

La Junta Militar propició la reorganización y resurgimiento de los partidos tradicionales de la derecha (PURS y PARTIDO LIBERAL), que desde entonces no

únicamente se limitaron a llenar las páginas de los periódicos con solicitudes y avisos pagados, sino que su opinión fue escuchada y pedida para la fijación de la política oficial. Esta actitud -insólita para el observador desprevenido- no fue el resultado de un capricho o de la adhesión lírica de los gorilas a la democracia, sino de la naturaleza misma del régimen surgido el 4 de noviembre y, por esto mismo, correspondía a la línea general implantada.

Parecería contradecir lo dicho sobre el reagrupamiento del PIR y su forzada incorporación al gobierno. Se trató, en realidad, de una maniobra destinada a dar la falsa impresión de que el gorilismo era nada menos que un régimen popular y hasta izquierdizante.

El PIR de esta época ya no era de manera alguna el viejo grupo stalinista que conocimos, no únicamente por haber abandonado sus programa sino por haber perdido a su militancia. Resulta difícil llamar partido político a un simple círculo de amigos formado alrededor del inefable Dr. Anaya. Su actuación política se explica porque esa izquierda degenerada apuntala las medidas más antiobreras y proimperialistas adoptadas por los generales. La presencia de personeros del PIR en el gabinete de Barrientos viene a confirmar el carácter reaccionario de dicho partido, que en el pasado selló un vergonzoso contubernio con la rosca. No hay mucha diferencia entre el Anaya títere de la gran minería y el ministro convertido en sirviente del conspicuo masacrador de obreros.

Lo dicho no significa que los últimos gobiernos movimientistas no hubiesen acentuado la defensa de los intereses rosqueros o no hubiesen asestado rudos golpes a las conquistas revolucionarias, pero lo evidente es que apenas se recorrían los primeros pasos de la reconciliación entre el MNR y la oligarquía, herida en lo más vivo por los ultrajes que había recibido y por la limitación despóticamente impuesta a sus intereses materiales, aunque conservando parte de su poderío económico se vio marginada de la vida nacional.

La verdadera reconciliación entre la oligarquía y el gobierno se produjo a través del gorilismo en el poder y tuvo como inmediata consecuencia su incorporación al mecanismo estatal como en los mejores tiempos de la reacción. Retornaron del exilio todos los jefes rosqueros y les fueron devueltos honores y condecoraciones; el Cóndor de los Andes tuvo que volver a posarse en los pechos flácidos de antiguallas de toda laya. Necesariamente se produjo un desplazamiento en la administración y burocracia estatales y fue a costa de las capas de la clase media, que tan vigorosamente habían sido empujadas por el MNR hacia adelante.

La rosca demostró tener mucha más inteligencia (o acaso instinto de mando) que todos los políticos profesionales que oficiaban de izquierdistas. Sigilosamente, partiendo de sus modestísimas posiciones de fiel servidora del gorilismo, se deslizó hasta el control de puestos claves y por momentos resultaba difícil saber si eran los generales o los oligarcas los que tenían el timón del Estado. Lo cierto es que las decisiones fundamentales eran tomadas por los gerentes de las grandes empresas y los políticos rosqueros.

La situación política a la que había llegado el país no permitía que la restauración oligárquica siguiese el camino del golpe directo asestado por algún partido tradicional de derecha y ni siquiera por Falange. El gobierno salido de semejante

operación no habría tenido la fuerza suficiente para imponer las medidas excepcionales que la reacción precisaba. Obrando de manera tan cínica se habría contribuido a movilizar al pueblo contra el golpe de Estado. El ataque a fondo contra la revolución, para prosperar, tenía que encubrirse tras las poses populacheras y pseudo revolucionarias. Hay un otro aspecto que se olvida con frecuencia; ni la democracia, ni la consulta popular y ni siquiera sus remedos, podían conducir hacia dicha restauración, no eran sus canales propios, era preciso esgrimir dicha violencia y el sable.

El gobierno de Paz también se encaminaba hacia la restauración y su caída se debió, como se tiene indicado, a que las medidas que adoptó en ese sentido no pudieron vencer la vigorosa resistencia de las masas. De esta manera el retorno de la rosca a la posición de la integridad de sus privilegios se convirtió en un proceso sumamente lento y que, por esto mismo, no aseguraba la victoria, existiendo el peligro de que las masas, aprovechando el plazo que se concedía, concluyesen barriendo al propio gobierno movimientista.

La Junta Militar cumplió el programa restaurador de manera inmediata y brutal, pisoteando todas las garantías democráticas y las formalidades constitucionales, ahogando en sangre a las organizaciones obreras y al movimiento revolucionario. Son estos diferentes métodos de gobierno los que tipifican y diferencian a ambos regímenes.

Con todo, hay un hilo conductor que establece la continuidad entre los últimos gobiernos movimientistas civiles y el gorilismo y ese hilo está constituido por las tendencias derechistas que en su seno contenía el MNR. Esas tendencias ligaban al movimiento con la rosca, porque buscaban utilizar al propio partido que acaudilló la movilización masiva del 9 de abril de 1952 para aplastar el proceso revolucionario y llevar a la oligarquía hasta el Palacio de Gobierno. La apasionada lucha fraccional dentro del oficialismo era la refracción, en el campo pequeño-burgués, del choque entre las fuerzas de la revolución y de la contrarrevolución. La derecha movimientista tenía como norte controlar directamente a Víctor Paz, arrinconar a la izquierda e inclusive expulsarla del partido de gobierno, por considerar que no era más que una variante del comunismo. Inmediatamente antes y después del 9 de abril, no dejó de actuar esta tendencia con resultado variable, pero fue la poderosa insurgencia de las fuerzas armadas la que le dio mayor fuerza y coherencia. El ejército no se limitó a apoyar a la derecha movimientista, hecho que podía haberse convertido en un simple episodio de su existencia, sino que encarnó su programa reaccionario y proporcionó los métodos adecuados para su inmediata realización. Las fuerzas armadas retomaron los objetivos derechistas y los llevaron hasta límites insospechados, hasta imprimirles rasgos fascistas.

En síntesis; el gorilismo no es la negación del MNR en su conjunto y ni siquiera del pazestenssorismo, que en su última etapa se identificó con la contrarrevolución, sino la acentuación de sus tendencias derechistas. Sin embargo, sería inexacto decir que la dictadura castrense no sea más que la repetición fiel del régimen movimientista, no olvidemos que entre ambos media un golpe de Estado. La eliminación violenta de la izquierda, dentro y fuera del MNR, es suficiente prueba para sostener lo contrario.

La ficción democrática del pazestensorismo no permitió la ilegalización de los partidos políticos que se reclamaban del marxismo, pero lo hizo muy llanamente la bota militar y hubiera sucedido igual cosa en caso de triunfar el golpe de la derecha movimientista el 6 de enero de 1953.

La restauración oligárquica más furiosa no tiene la fuerza suficiente para extirpar de raíz todas las transformaciones revolucionarias operadas en el país, éstas se han convertido en patrimonio nacional y servirán para la construcción de la futura sociedad. La Sociedad Rural de Cochabamba, que agrupaba a latifundistas alicaídos, no llegó en su atrevimiento a formular la restitución de la pertenencia de las ex-grandes haciendas, lo más que hizo fue reclamar una limitación de los alcances de la Ley de Reforma Agraria (la extrema pesadez del servicio de Reforma Agraria da lugar a tales chicanas). Los restauradores podrán desvirtuar o anular ciertos aspectos parciales de las grandes reformas, pero será imposible que se materialice su sueño de retornar al viejo orden. Lo contrario significaría que la revolución consumada no obedecía a una necesidad histórica, los que es absurdo.

Sería justo decir que el gorilismo se limitó a llevar a la práctica, utilizando sus peculiares métodos, la política que ya fue formulada por la derecha movimientista, habiéndola llevado a extremos insospechados.

Por haber sido los primeros en formular la tesis de que el gorilismo era sinónimo de restauración oligárquica, los poristas han tenido que soportar la destemplada crítica de los ideólogos al servicio del militarismo. A esta altura del debate se impone resumir esa disputa.

La imputación más frecuente dice que las ideas del POR son la consecuencia obligada del antimilitarismo que informa la ideología trotskysta. Esta afirmación es falsa. El marxismo no es enemigo del ejército en abstracto, lo que equivaldría a caer en una desviación anarquista. Se declara enemigo jurado del militarismo pro-imperialista porque su objetivo es aplastar los movimientos de liberación nacional. Lucha contra los organismos castrenses que dentro del país sirven al enemigo foráneo. No es enemigo del ejército en su integridad, se levanta contra la casta militar que se ha convertido en instrumento de los yanquis y de la reacción criolla. No puede dejar de denunciar a la jerarquía militar antinacional y proimperialista. Es su deber elemental colocarse frente al gorilismo restaurador. Ha repetido en varias oportunidades que tiene plena conciencia de que la revolución obrera y el Estado que salga de ella tendrán que poner en pie un ejército que les permita aplastar a sus enemigos de dentro y fuera. Ciertamente que no se tratará de un ejército de casta, alejado del pueblo y enemigo de él, sino de una de sus fracciones armadas.

El marxismo al reconocer la inevitabilidad del Estado obrero como etapa transitoria entre el capitalismo y la sociedad sin clases también considera ineludible la defensa armada de la revolución y la constitución de cuerpos especializados que puedan efectivizar tal objetivo.

Por otro lado, no podrá encontrarse en los numerosos escritos trotskystas sobre la materia el rechazo a toda forma de ejército y la negación de la importancia de la defensa armada de la revolución.

Debe añadirse algo que cobra mucha importancia: no repudia al ejército en su integridad, incluidas todas sus capas. La lucha va dirigida contra la alta jerarquía que tan estrechamente está vinculada al Pentágono. Al mismo tiempo, es nuestro deseo ganar para el programa revolucionario a los otros sectores castrenses.

El grueso de la tropa se recluta entre los campesinos y los obreros, por esto es parte del pueblo y participa de sus inquietudes y esperanzas. Esta es también la causa de su permeabilidad a la propaganda revolucionaria, a las ideas de izquierda. Esa masa armada puede convertirse, en el momento oportuno, en el bastión inexpugnable de la sagrada causa del pueblo y en el primer núcleo del futuro ejército popular. Los clases y suboficiales viven junto a la tropa y su vinculación diaria con obreros y campesinos no ofrece la menor duda y tampoco que mañana se aliarán con el pueblo para aplastar al gorilismo. La propaganda de la izquierda debe tender a ganar a estos amplios sectores, a educarlos políticamente y a soldarlos con las aspiraciones y lucha de los obreros y campesinos.

Los jóvenes oficiales por su honestidad e inteligencia pueden ser ganados por la propaganda revolucionaria y así convertirse en los auxiliares más eficaces en el lucha antigorilista. Para esta oficialidad, que forma parte, juntamente con suboficiales y clases de la mayoría de los efectivos, la tarea inmediata radica en la bolivianización de las fuerzas armadas, en la emancipación de la tutela norteamericana.

Algunos han lanzado la especie de que los trotskystas al atacar frontalmente a la dictadura instaurada por el gorilismo están defendiendo al MNR y sus fechorías. Es corriente escuchar el argumento de que poner reparos a la bota militar es nada menos que buscar el retorno del Control Político, de la corrupción sindical, etc., es decir, de los aspectos negativos del movimientismo. Tal imputación ignora que los planteamientos poristas parten del punto de vista de la clase obrera, los que importa que no pueden detenerse en los límites del MNR y menos reeditar sus facetas negativas. Las formulaciones de la izquierda movimientista, que gusta decir que está muy lejos de la utopía, carecen de significación porque buscaban realizar reformas radicales en el marco pequeño-burgués y siempre contando con la benevolencia norteamericana. El antigorilismo revolucionario busca sustituir a la bota militar con un gobierno propio de los obreros y de los campesinos y no el simple retorno a los superados esquemas del MNR.

Los generales entreguistas hacían gala de un nacionalismo lírico y a ultranza y, como era de esperarse, pretendieron desvirtuar los ataques obreros con el slogan de que obedecían las instrucciones impartidas por potencias extranjeras vivamente interesadas en controlar esta colonia yanqui; esas órdenes habrían contado con el respaldo de grandes cantidades de dinero. Estamos seguros que ni sus propios autores dieron crédito a semejante despropósito.

El 4 de noviembre de 1964 no es, como equivocadamente se ha sostenido hasta por algunos "izquierdistas", el punto en el que coinciden tanto la movilización masiva revolucionaria (antimovimientista desde la posición obrera y antiimperialista) y la conspiración castrense, extremo que permite presumir que entre ambos movimientos habían canales de comunicación y hasta identidad de objetivos. Esta "teoría" ha sido ideada, en verdad, para encubrir mejor la traición

de los políticos profesionales. Los gorilas para triunfar tuvieron antes que golpear a las masas.

Tal afirmación violenta la realidad. La movilización del pueblo, bullente marcha de multitudes dispuestas a arrasar todos los obstáculos, podía ser palpada y sus objetivos estaban al alcance de la comprensión de todo el que quisiese conocerlos. Los militares dijeron que conspiraron desde tiempo atrás, pero se movieron en las sombras, como casta cerrada y sin dar oportunidad a que el hombre de la calle pudiese participar en la conjura. Se puede asegurar que ni siquiera los partidos y los políticos profesionales estaban del todo informados sobre tales trajines, pese a que aquellos ya habían convertido a los generales en sus ídolos.

El severo secreto de los planes castrenses tenía su razón de ser. La decisión del Pentágono que buscaba someter a su control al futuro gobierno boliviano, no podía ser públicamente expresada por razones obvias y era de vital importancia que el golpe de Estado se consumase en seco, al margen de toda intervención de las masas, pues éstas podían convertirlo en el punto de arranque de una profunda insurrección antimovimientista.

Los generales no solamente conspiraron en las sombras y aisladamente sino que pusieron mucho cuidado en arrinconar y derrotar previamente a los trabajadores antes de consumir su propio golpe.

Actuando como garrote en manos de Víctor Paz, el ejército cercó prácticamente las principales minas y ocupó militarmente algunas ciudades claves, con la manifiesta intención de no permitir que prosperase el movimiento de los obreros y cuando éstos, venciendo una serie de vallas, se pusieron en marcha con la intención de precipitarse sobre Oruro, la jerarquía castrense no tuvo el menor reparo en ordenar que los mineros fuesen contenidos a bala, orden que al cumplirse ocasionó la masacre de Sora-Sora; así se detuvo la marcha de los obreros que se habían descolgado desde el distrito de Siglo XX. De haber prosperado la táctica proletaria y con Oruro convertida en fortaleza revolucionaria, es evidente a todas luces que se habría modificado sustancialmente la situación política y con seguridad que habría sido posible evitar la jornada vergonzosa del 4 de noviembre.

5

La batalla de Sora - Sora

El 28 de octubre de 1964 se concentraron en Oruro delegaciones mineras para asistir al entierro de los estudiantes muertos en las luchas callejeras (día 27) contra el gobierno de Paz y contra los propios militares. En esa oportunidad, los distritos de Catavi y Siglo XX estuvieron representados por grupos minoritarios. Fueron los estudiantes timoneados por el porista Hugo Reyes y por los alumnos del combativo colegio "PRIMERO DE MAYO" de Llallagua, los que se distinguieron por su número y por su belicosidad.

Después del entierro, por la tarde, se produjeron nuevos choques y las radioemisoras mineras de San José, "Nacional" de Huanuni, "La Voz del Minero" de Siglo XX y la de Machacamarca, acentuaron sus ataques contra el gobierno y

denunciaron, con vehemencia, que se estaba masacrando a los trabajadores en Oruro. Estas noticias exacerbaron los ánimos y aumentaron la tensión reinante en los centros obreros.

Al atardecer del mismo día 28, pequeñas reuniones sindicales habidas en Catavi y Siglo XX, donde se mantenía latente la lucha política de los diversos partidos marxistas, resolvieron volcarse sobre Oruro, acaso empeñadas en enfrentarse de manera decisiva contra las fuerzas castrenses que controlaban esa ciudad, a nadie se le ocurrió que tendrían que librar una singular lucha unos treinta kilómetros antes de llegara "su destino. Los detalles de lo que ha dado en llamarse "Masacre de Sora Sora" fueron registrados por la revista VISTAZO **(11)** de donde tomamos los párrafos que van a leerse.

"Catavi sólo pudo llenar un camión y Siglo XX tres. Así estuvo formada la pequeña columna de mineros armados que partió rumbo a Oruro el 28 de octubre por la noche. Marcharon únicamente los militares políticos (poristas, pecistas y unos pocos prinistas), quedó al margen el grueso de la masa obrera, viviendo momentos de tensa inquietud. En Huanuni habían no más de doscientos obreros en pie de combate y muy pocos portando armas, que ignoraban con exactitud la situación de los mineros de San José en Oruro y se limitaron a esperar a los de Siglo XX, seguros de que serían guiados por éstos.

"Mientras tanto, las radios rebeldes de todo el país comunicaban que los mineros marchaban sobre Oruro para derrocar al odiado régimen de Víctor Paz. Es fácil comprender que, dentro de tales circunstancias, las Fuerzas del orden tuvieron el tiempo suficiente para apostarse en puntos estratégicos y formar un cordón de fuego que impidiese la marcha de los obreros".

El primer camión de la columna de Siglo XX estaba totalmente copado por poristas y por elementos del llamado "Frente Democrático de Unidad Sindical", que obedecían las directivas de Pímentel. Los otros dos vehículos estaban ocupados por los parciales de la directiva, comandados por pecistas. Impresionó la organización y armamento de los poristas; eran cien hombres divididos en piquetes de diez y que portaban ametralladoras, fusiles y dinamitas.

En Huanuni se acordó marchar primero sobre Sora Sora, lugar convenido para el reparto de dinamita, para luego dirigirse hacia Oruro. En ese momento Ordoñez y otros dirigentes pecistas se metieron a una ambulancia para no abandonarla más, seguramente en la creencia de que este vehículo sería respetado hasta por el enemigo. "Los mineros de Huanuni se incorporaron a la columna en sus propios camiones".

En Sora Sora, Filemón Escóbar, que dirigía a los trotskistas, exigió la formación de un comando único, en el que pudiesen participar representantes de todos los combatientes, vale decir, de los diversos grupos políticos. La proposición fue rechazada con el argumento de que Ordoñez y los miembros del PC eran ya los dirigentes de la operación. También fue rechazada la exigencia de esperar que amaneciese, a fin de poder informarse sobre la situación de Oruro y ubicar debidamente las posiciones ocupadas por las tropas del gobierno. La respuesta fue que la ambulancia daría esos informes, artimaña que le permitió a la dirección pecista zafarse del grueso de la masa y evitar los futuros peligros. Se

cometió el error inicial de no enviar a un piquete de satinadores que asegurase la marcha del grueso del contingente.

La ambulancia hizo saber que se podía marchar hasta el cruce de los caminos de Oruro y Machacamarca. Orden de los combatientes: la ambulancia, el camión venido de Catavi, el vehículo de los trotskistas, seguido por los otros dos ocupados por los adictos a la dirección sindical.

En el cruce del camino, al pie del cerro San Pedro, un campesino dio la noticia de que a pocos metros de ese lugar se encontraban apostados los soldados. Inmediatamente Filemón Escóbar dio la orden de descender y tenderse. Las fracciones de uniformados que se encontraban a ambos lados del camino, dispararon primero proyectiles luminosos que fueron seguidos por un tiroteo cruzado que duró más de veinte minutos. El camión de Catavi logró llegar al ingenio de Machacamarca, desde donde se llamó a los obreros con el ulular de la sirena. Los obreros reptaron hasta el ingenio, es decir varios kilómetros, y otros permanecieron tendidos en la cuneta y bajo el camión. A las cuatro de la mañana se escuchaba el gemido de los heridos, nueve en total (Pablo Rocha, Pedro Guzmán, Benigno Bastos, Francisco Sandoval, Francisco Alvarez, todos trotskistas; el chofer Campos; Juan Vargas y Ferrufino, prinistas. Muchos de estos obreros tuvieron que permanecer varios meses en el hospital curándose y otros arrastrando sus dolencias por mucho tiempo. A las cinco de la mañana apareció un camión con pasajeros que se dirigía a Potosí, movilidad en la que se embarcó a los heridos para trasladarlos hasta Sora Sora. Se comprobó que en esta población se encontraban los otros dos camiones con sus ocupantes pecistas, que fueron inmediatamente acusados como cobardes y traidores. Los militantes del PC, no bien escucharon los disparos, se dieron modos para retroceder y permanecieron en silencio en lugar de hacer fuego y evitar que toda la potencia de los soldados se centrara sobre los trotskistas. Algo peor aún, no se envió la ambulancia, permitiendo que los heridos se desangrasen. Este crimen inadmisible inaudito desde cualquier punto de vista, pretendió justificarse con el argumento pueril de que nadie quería ir con la ambulancia.

Es en estas circunstancias que Filemón Escobar subió sobre un camión "Mercedes" y dijo: "todos los obreros del Frente Democrático deben subir al camión y retornar a Huanuni, porque no se puede pelear junto a los stalinistas traidores y cobardes". En Huanuni fueron curados y hospitalizados los heridos.

A las once de la mañana arribaron a Huanuni otros trotskistas armados, bajo las órdenes de César Lora, Isaac Camacho y Cirilo Jiménez e inmediatamente se organizaron en grupo de combate. Prontamente se arribó a Sora Sora y de allí se avanzó cuatro kilómetros más, hasta alcanzar el cruce del camino.

Los trotskistas marchaban divididos en dos fracciones: una por el lado de Machacamarca y la otra por el cerro. Un grupo de Huanuni, comandado por Mercado, se desplazó por la parte central, por la pampa. Es aquí donde se libró la cruenta batalla de que tanto hablaron los periódicos. El encuentro duró más de cuatro horas y los mineros lograron hacer retroceder a las tropas del ejército.

Cayeron muchos soldados heridos y hubieron muertos, conforme informó después "La Patria" de Oruro. Los trabajadores lograron inclusive tomar prisioneros. Los trotskistas capturaron ametralladoras y fusiles automáticos, que

en ese entonces recién comenzaban a utilizar los efectivos militares (trofeos únicos logrados en las acciones de Sora Sora).

Cuando los poristas ingresaron en la zona de Sora Sora, avanzando lentamente por los flancos de la serranía, se lanzaron al contra ataque más de doscientos soldados que disparaban sin tregua.

La relación de fuerzas era desfavorable para los obreros, resultaba sumamente difícil romper el cerco de fuego y para hacerlo habrían tenido que morir casi todos los trotskystas que participaban en el combate. César Lora conferenció con sus partidarios y se determinó el repliegue hacia la localidad de Huanuni (inexpugnable fuerte obrero en ese momento), operación que se ejecutó sin sufrir bajas. Los efectivos de la retaguardia se limitaban a mirar pacientemente la batalla y cuando los trotskystas se replegaron todos corrían despavoridos hacia Huanuni.

Cuando cesó el fuego llegaron recién los batalladores mineros de Santa Fe y Morococala, vinieron a pie y por el flanco derecho. Pedro Guzmán tenía dos heridas de bala en el tórax y muy difícilmente salió con vida.

Es claro que de no mediar la tradicional cobardía y y traición de los stalinistas, los mineros de Siglo XX, Catavi y Huanuni hubieran logrado controlar Oruro, apresurar la caída del antipopular gobierno de Paz Estenssoro y modificar todo el futuro de la revolución.

La prensa conoce estos acontecimientos con el nombre de masacre de Sora Sora y su importancia política radica en que constituye el choque entre la vanguardia obrera y los rangers, exprofesamente entrenados por instructores yanquis para ahogar en sangre al pueblo.

Algunos movimientistas y personas adictas a los generales han pretendido minimizar lo ocurrido en Sora Sora y han llegado al extremo de negar su evidencia. El general Barrientos, en los primeros meses de 1965, sostuvo que "en Sora Sora las fuerzas armadas no dispararon". Los poristas se apresuraron a rectificar lo sostenido por el Capitán General del ejército "En Sora Sora el ejército no solamente que disparó, sino que ejecutó a sangre fría una verdadera masacre, en su afán de arrinconar a los mineros. Los detalles de este crimen se encuadran en las informaciones que registró la prensa... Los trabajadores marchaban sobre Oruro para secundar a quienes luchaban contra el desgobierno movimientista... Ahora se dice... que las FF.AA. estaban animadas de sentimientos antimovimientistas y obreristas. Si esto fuese cierto, nada más lógico que hubiesen secundado a los mineros" **(12)**.